



SANTA **LUISA**
DE **MARILLAC**

SANTA LUISA DE MARILLAC

Fundadora de las
HIJAS DE LA CARIDAD

Rafael María López-Melús

APOSTOLADO MARIANO
Recaredo, 44
41003-SEVILLA

ISBN: 84-7770-446-5
D.L.: Gr. 85-99

Con licencia eclesiástica
Imprime: Azahara SL



«Tuve hambre... estuve enfermo...»

San Mateo al final de su evangelio trae un sermón muy hermoso de Jesús. Es sobre el Juicio final. Cuando Jesús como supremo Juez dará a cada uno de los hombres su merecido... Cuantas obras hemos hecho a los demás las hemos hecho al mismo Jesucristo ya que todos los hombres forman parte del Cuerpo Místico de Jesucristo.

En todos los tiempos de la Iglesia ha habido santos y santas que se han preocupado de estas necesidades materiales de sus hermanos. Pero es lógico que unos llamaron más la atención en este campo que otros que el Señor los llevó por otros caminos. Para ir al cielo son muchos los caminos que llevan a él.

En la primera mitad del siglo XVII el Señor suscitó a una mujer de carácter valiente y decidida para llevar adelante una gran obra en favor de los pobres. No es fácil dar en la rica agiografía con una vida tan rica y tan generosa en este campo de la caridad con los más necesitados.

Es cierto que en su tiempo ya existían asociaciones y personas que cuidaban este apostolado pero ninguno que sepamos tan decidido y valiente, con tanto olvido de sí mismo y con tanta generosa entrega como este que nacerá por obra de dos grandes almas que la Divina providencia las unió para una empresa común: San Vicente de Paul y Santa Luisa de Marillac.

Siglo turbulento el XVI, sobre todo en su segunda mitad y muy rico en acontecimientos para la Iglesia por la riqueza de santos que en este tiempo florecieron sobre todo en España, en Francia e Italia.

A Francia, —«la primogénita de la Iglesia»— como se le ha llamado, llegan procedentes de España y de Italia aires nuevos y renovadores con los carmelitas, jesuitas, capuchinos y oratorianos...

En estos días y en este suelo ve la luz nuestra protagonista.



El misterio de su nacimiento

A pesar de los muchos estudios que se han hecho en torno a esta gran santa de la caridad aún quedan muchos puntos oscuros en su nacimiento.

Su padre se llamó Luis de Marillac y perteneció a una de las familias más nobles de Francia.

Santa Luisa nació el 12 de agosto de 1591 pero se desconoce el nombre de su madre. Su padre casó el 1584 pero no tuvo hijos con su esposa que murió cuatro años después.

Para legitimar el nacimiento de Luisa algunos dicen que su padre volvió a casarse por segunda vez pero no parece sea exacta esta noticia. lo cierto es que siempre se la llamó Luisa de Marillac y de madre desconocida.

Luis de Marillac a pesar de su ajetreada vida y que hubo de viajar bastante porque le fueron encomendadas misiones muy delicadas y frecuentes, se preocupó con gran interés como buen padre, rico y virtuoso, de su hija Luisa como consta por muchos documentos de la época.

En 1595 su padre contrajo segundas nupcias con Antonia Le Camus. ¿Se preocupó la madrastra de la jovencita Luisa? No abundan los documentos que lo confirmen. Su padre sí que siguió siempre muy de cerca la educación y la ayuda económica de su hija.

Para que recibiera una esmerada educación su padre la internó en el famoso convento real de Pissy dirigido por las religiosas dominicas. En este convento se educaban las niñas y jóvenes de familias distinguidas y gozaban de gran prestigio en este sentido.

Aquí recibió una esmerada educación sobre todo en el campo cultural ya que hasta estudiaba el latín y la filosofía. Cuando sea religiosa y fundadora aún sin pretenderlo se trasladará en sus escritos y conversaciones esta profunda cultura que poseía.



«Marcada por la cruz...»

No fue fácil la vida de esta niña bien por las circunstancias que rodearon su nacimiento, infancia y adolescencia. Ella misma, años más tarde, recordando sus años duros escribirá estas hermosas palabras: «Dios me concedió el favor de enseñarme ser voluntad suya que yo fuera a El por la cruz. Su bondad quiso que yo estuviese marcada por la cruz desde el nacimiento, y a ninguna edad me dejó sin ocasiones de sufrir».

Por ser huérfana de madre fue internada desde muy niña en un convento que aunque fuera para «niños bien» era bastante dura la vida que allí se llevaba. Y lo que más cuenta en esta edad: No tenía el cariño de una madre...

Aquí se dedicó al estudio y a aprender el latín bajo la dirección de una tía abuela que llevaba su mismo nombre, Luisa de Marillac, que era toda una celebridad en cultura de su tiempo. Dominará tanto el latín que el mismo Padre Vicente en alguna de sus cartas cuando le cite alguna frase en latín, le dirá: «No traduzco. Vd. entiende bien el latín».

Pronto le sobrevendría otra nueva prueba: la muerte prematura de su padre a quien quería con toda su alma. Fue en 1604 cuando ella tenía trece años nada más.

Por entonces la sacaron del Colegio. ¿Quién? ¿Por qué? Son todo interrogantes que no encuentran fácil respuesta. Quizá la sacó su mismo padre porque tenía dificultad en pagar su pensión que naturalmente debía ser bastante elevada. O la sacaron después de la muerte de su padre por este mismo motivo.

Lo cierto es que a sus quince años ya estaba en una casa, especie de «escuela-hogar», con otras chicas como ella en compañía de una buena Señora que les enseñaba las labores propias que debe saber toda mujer. también en este tiempo le acompañaba la cruz...



¿Por qué no religiosa?

Luisa es la admiración de cuantos la contemplan y la tratan: Elegante, culta, piadosa, delicada, bella. Sobre todo encierra dentro un alma que es un primor.

Se siente abandonada de sus parientes que les da casi vergüenza por ser aquella que lleva su noble apellido de madre desconocida. De hecho ninguno de ellos aunque están muy bien acomodados hace nada por su sobrina o prima. Es una Marillac abandonada.

Pero Dios cuida de ella y aquella buena Señora que la ha recibido en su casa junto con otras jóvenes hace el papel de verdadera madre para todas.

Por otra parte, Luisa, que está adornada de muchas cualidades y de una profunda cultura, es sobre todo una joven muy juiciosa y de un equilibrio casi impropio para su edad. Ella misma anima a las otras jóvenes a hacer algo para ayudar a la economía de la patrona. Se dedican a hacer trabajos con el ganchillo llegando a hacer verdaderos primores que después venden a buen precio.

Luisa sabe pintar, conoce la música y tiene unas manos de ángel para todo aquello que se propone. Las demás jóvenes se sienten contentísimas a su lado y todas tratan de imitarla.

Un día se pregunta: «El mundo, los míos me han abandonado, pero Dios no. ¿No querrá el Señor que le siga en la vida religiosa?»

Lo consultó y... como conocía a las Madres Clarisas... en ellas pidió ingresar como novicia. Pero no fue admitida por su débil salud. De hecho la suya nunca fue robusta. Siempre estuvo bastante delicada aunque ello no le impedirá a llevar una bien ajetreada vida.

Sintió e el alma esta negativa porque ya se había hecho la ilusión. Su director espiritual le dijo que el Señor la tenía reservada para otra gran misión que le revelaría más adelante.



Un matrimonio de compromiso

Los familiares de Luisa la tenían bastante olvidada pero cuando llegó el tiempo de tomar estado parece que se animaron para entrometerse un poco demasiado y hacer de casamenteros.

Luisa, como todos los Marillac, estaba adornada de una belleza no común. Los retratos que han llegado hasta nuestros días la presentan así: Boca pequeña, labios delgados, buena estatura, ojos transparentes...

Bienes materiales si que eran pocos los que poseía. Tan solo una pequeña renta que le dejara su padre pero para compensar esta pobreza venía en su ayuda el linaje de su nobleza más distinguida de la nación.

No sabemos quién arregló su casamiento con el joven Antonio Le Gras, que aunque ahora no era más que el secretario de la reina María de Médicis se presentaba ante él un halagüeño porvenir.

La boda, con poco entusiasmo de parte de Luisa, se celebró en la iglesia de San Gervasio de París el 5 de febrero de 1613. Luisa tenía 22 años bien grabados. Firmaron el acta e hicieron como testigos una retahíla de ilustres personajes... que venían a llenar la pobreza de su dote. Para Luisa fue también un amargo trago pues ante tanto nombre ilustre ella debía firmar en un documento donde se decía de su ascendencia: «Luisa de Marillac hija natural de Luis de Marillac, señor de etc... y de madre desconocida.

Pocas noticias se tienen de Antonio Le Gras: Gozaba de poca salud y poseía un temperamento colérico. Bastaba la menor contradicción para sufrir una terrible irritación.

A finales de octubre tenía Luisa la alegría de ver a su pequeño Miguel que sería una cruz demasiado grande para ella durante toda su vida.



Un túnel muy oscuro

Muchos santos han pasado por pruebas muy duras. Los grandes santos del Carmelo sabían bastante de esto: Santa María Magdalena de Pazzi pasó cuarenta años en «la fosa de los leones», padeciendo terribles tentaciones... San Juan de la Cruz describió en uno de sus preciosos libros «las noches oscuras del espíritu» que él mismo había vivido.

Luisa de Marillac una vez que le pasaran las duras pruebas que ahora vamos a solo recordar podía decir como la gran carmelita y española Teresa de Jesús después de haber sido duramente probada por el Señor: —«Así trato yo a mis amigos», le dijo el Señor. Y ella le contestó: «Por eso tienes tan pocos».

Luisa se entregó de lleno a la lectura de buenos libros que entonces estaban muy de moda en su tierra. Esto y otras pruebas parece que le llevaron a un concepto poco ortodoxo sobre la gracia y el pecado, la bondad y la justicia divinas...

Han llegado hasta nosotros preciosas cartas cruzadas entre ella y sus directores espirituales y otras personas durante este tiempo que nos prueban el alcibar que hubo de sorber durante estos años tan duros en los que por otra parte aparentaba que todo le iba bien: Su vida de hogar, su esposo, su hijito, sus amistades con las que alternaba en fiestas, etc...

El concepto de pecado, la duda de si era o no del agrado de Dios, el saber si ella aceptaba con gusto o no la cruz que el Señor le enviaba «era el tormento que más hacía sufrir a su sensible corazón».

Poco después sobrevino sobre su esposo una larga y penosa enfermedad. Luisa creyó que era por sus pecados. Gracias a su dirección espiritual pudo sobrellevar esta dura prueba que le duró varios años...

La duda de su voto que había hecho de joven y la duda de si había acertado o no al abrazar el matrimonio era una tortura continua para su alma...



Llega un ángel providencial

El Señor en su divina Providencia suele unir a un hombre y a una mujer en una misión común cuando espera grandes obras en favor de la humanidad: Francisco de Asís y Clara; Teresa de Jesús, y Juan de la Cruz; Francisco de Sales y Juana Francisca Fremiont de Chantal, y, aquí, Vicente de Paul y Luisa de Marillac...

Parece fue el mismo obispo de Ginebra San Francisco de Sales quien puso a Luisa de Marillac en contacto con el ya por aquellos días famoso Padre Vicente.

La vida de este hombre es una maravilla de la gracia de Dios. Nació en Dax, cerca de los Pirineos. Pertenecía a una familia pobre y pronto se vio obligado a trabajar. Estudió en los franciscanos y descubrieron que estaba dotado de una inteligencia nada común.

Un buen señor lo tomó como tutor de sus hijos y lo envió a estudiar a Zaragoza y a Toulouse. A los 19 años se ordenó sacerdote.

Cuando navegaba fue tomado por unos bergantines turcos y empezó su duro calvario en el que sufrió cuanto se pueda imaginar. Después de haber sido comprado y vendido varias veces llegó ya liberado hasta Roma y París.

Su predicación, buenas obras, su trato exquisito le llevó a una alta consideración entre nobles y eclesiásticos. A Vicente esta vida no le llenaba y un día desapareció en busca de una vida más tranquila y entregada a los pobres y necesitados. El no podía olvidar su infancia y los trabajos que había sufrido en manos de los turcos. Por ello un día se cambió por uno de los remeros para probar los malos tratos que ellos recibían.

Pronto organizó cofradías y asociaciones para atender a tanto sufrimiento.

Por sus obras y fundaciones bien se le puede llamar como a uno de los más grandes «bienhechores de la humanidad».



«Las caridades»

El Señor Vicente ya era conocido por toda Francia y aún fuera de ella. Había tanto mal, tanta hambre y necesidades de todo tipo que no dudó en dejarlo todo por tratar de atajar tato desastre.

Los males se cebaron sobre la persona de Luisa y sobre toda su familia. Francia atraviesa uno de los más penosos tiempos de su historia. Un informe parlamentario afirmaba que al principio del siglo XVII en algunas regiones de Francia era tanta la miseria «que los aldeanos se ven obligados a pacer la hierba de los campos a manera de las bestias».

Era urgente remediar tanta miseria. para ello el Padre Vicente habría fundado las «Caridades», grupos de damas de buena posición económica y buenas cristianas que ayudaban con sus limosnas a detener o paliar tanto mal.

Pero pronto vio el Señor Vicente que esto no bastaba. Había que remediar la raíz. Ir a ayudar a las mismas personas necesitadas. Colaborar con ellas. Ayudarlas a trabajar para salir de su estado tan lastimero...

En este sentido dio algunos pasos pero no encontraba la persona adecuada para ello...

La Divina Providencia iba ordenando los pasos de la Sra. de Le Gras, Luisa de Marillac, que será la piedra angular de este EDIFICIO DE CARIDAD, que llegará por medio de sus Hijas de la Caridad a extender la auténtica caridad de Jesucristo en un Instituto permanente.. cuya finalidad no será otra que esta: la ayuda a toda clase de necesidades...

Para ello el Señor siguió sus caminos de maduración: Dirección espiritual de Luisa que iba poco a poco modelando su espíritu en esta línea. Conocimiento de la vida religiosa pero con los matices propios de la vida real en el mundo... Las «Caridades» fueron, pues, los cimientos de la ilustre Congregación de hoy.



Viuda y madre

Luisa en los planes divinos debía participar en todos los estados de la mujer. Aún sin demasiadas pretensiones por su parte abrazó el matrimonio con un hombre que ni era rico ni fuerte. Incluso su carácter no era nada agradable y menos pacífico. Pero la bondad y paciencia de su esposa Luisa le hizo ir cambiando y madurado poco a poco hasta que llegó a compartir con ella su misma vida de piedad.

Tuvo poca suerte con sus asuntos financieros y familiares. Siempre estuvo bastante enfermizo pero el tener a su lado a una mujer de un temple nada común le ayudó a suplir tanta deficiencia.

Luisa será siempre un modelo para las esposas y las madres de todos los tiempos. Los testigos de su beatificación declararon: «Luisa de Marillac fue un dechado de esposas cristianas. Con su bondad y dulzura logró ablandar a su marido, que era de carácter poco llevadero, dando el ejemplo de un matrimonio ideal en que todo era común, hasta la oración que hacían juntos».

Poco le duró esta dicha. El 21 de diciembre de 1625 moría santamente el señor Le Gras en los brazos de su esposa.

Ya dijimos que el Señor le concedió un hijo que nunca fue una maravilla. A pesar de ello Luisa le amó cuanto una madre es capaz de amar al mejor de sus hijos. El mismo San Vicente escribiría después sobre esto: «Jamás he visto una madre tan madre como usted; apenas parece usted mujer en otra cosa»...

Este amor hacia su hijo tan pobremente dotado le sirvió muy mucho para su futura fundación de entregarse a todos los niños y mayores más necesitados.

Tenía treinta y cuatro años cuando murió su esposo y ahora, ya viuda, tan solo tenía una idea fija: Consagrarse a Dios por entero.



«Vaya en el nombre del Señor»...

Luisa siempre tuvo sus dudas sobre si había sido fiel a la voz del Señor que la invitaba a la vida religiosa o había hecho bien abrazando la vida matrimonial.

Ahora sus dudas ya quedaban disipadas: Era una viuda y estaba dispuesta para hacer lo que el Señor, por medio de su santo director espiritual, dispusiera de ella.

Ella se decía a sí misma:

—«Durante muchos años he vivido para el mundo, ¿no es justo que ahora me dedique a Dios por completo?»

El Señor Vicente también vio los cielos abiertos al contemplar que las «Caridades» que él había ido fundando en tantas partes para atender a los pobres y que apenas las podía atender ahora encontraría en Luisa una eficaz colaboradora. No se engañó. El Padre Vicente quería que Luisa fuese como la que enlazase a unas «Caridades» con otras y a todas con él.

Un día Padre Vicente le dijo estas memorables palabras que jamás Luisa olvidará: «Vaya, pues, usted, en el nombre del Señor». En el nombre del Señor no podría nunca fallar. Estaba segura de que siempre acertaría si cumplía la voluntad de Dios manifestada por medio de su Director.

Y añadió el padre Vicente al enviarla como lo hiciera casi dos mil años antes Jesús a sus discípulos: «Ruego a su Divina Bondad la acompañe; que Él sea su consuelo en el camino y su fuerza en el trabajo, y finalmente nos la devuelva con perfecta salud y llena de buenas obras».

Bien necesitaba de tantas buenas palabras y bendiciones la viuda Luisa Marillac porque no eran fáciles aquellos tiempos en los que abundaban los vagabundos, asaltadores y hambrientos, siempre dispuestos a atacar y robar a los transeúntes. Luisa era valiente aunque no se fío nunca de sí pero mucho del Señor en quien había puesto toda su confianza. Su fe no quedó defraudada. Los copiosos frutos lo confirman.



Las Hijas de la Caridad

En muchos puntos habían sido bastante parecidas las vidas de sufrimientos y estrecheces del Padre Vicente y de la viuda Luisa de Marillac. El Señor unió para siempre estas dos almas para un fin común! el ayudar a todos los necesitados de cualquier dolencia física o moral, a los que pudiera llegar sus grandes corazones.

Ante teorías bonitas de cómo ayudar a los pobres que algunos eclesiásticos discutían, decía San Vicente de Paúl: «No es lícito perderse en teorías mientras muy cerca hay niños que necesitan para subsistir un vaso de leche. Los pobres serán nuestros jueces. Sólo podremos entrar en el cielo sobre los hombros de los pobres».

Padre Vicente ha ido recorriendo gran parte del territorio de su patria y se ha encontrado con casos tan alarmantes y tantos que han hecho sangrar a su caritativo corazón.

Por ello ha fundado ya hace tiempo sus «Caridades». Pero esto no basta. Necesitan organización. Una cabeza. Unas Reglas. Un Carisma. Unas Casas... Todo esto lo habla con su rígida Luisa que piensa lo mismo que él y que está dispuesta a ayudarle en esta magna empresa.

Un día Padre Vicente, a un grupo de jóvenes que ya se han reunido en torno a Luisa y que tienen los mismos sentimientos y están dispuestos a dejarlo todo por llevar adelante esta empresa que ha brotado de los dos grandes corazones de Vicente y de Luisa, les dice: «Por monasterios tendréis las salas de los enfermos. Por clausura, las calles de la ciudad. Por rejas, el temor de Dios. Y por velo, la santa modestia».

Se trataba, sin duda, de una Congregación religiosa totalmente original. Se llamarán: *Hermanas de la Caridad*, porque ésta es su finalidad principal: Vivir las obras de misericordia...

Hoy se hallan extendidas por todo el mundo y es el instituto más numeroso de la Iglesia.

«Usted va delante»

A pesar de las dificultades por las que atraviesa Francia la Obra del P. Vicente y de María Luisa, que es obra de Dios, va adelante a pasos de gigante... Se extiende de modo maravilloso... A ello contribuyó también la fundación de los Padres de La Misión, Paúles o Lazaristas como se les llamaba, obra también del mismo Fundador, que amparan y propagan sus Hermanas las Hijas de la Caridad...

Un día San Vicente reúne a las recién nacidas religiosas y les dice: «De hoy en adelante llevaréis el nombre de Hijas de la Caridad. Conservad este título que es el más hermoso que podéis tener».

Se multiplican sus actividades. Ni Padre Vicente ni Luisa descansa. Hay que cuidar de «Sus señores los pobres» como les llaman... De todas partes reclaman su presencia. A todos acuden, teniendo siempre preferencia los más necesitados...

Por fin se acercaba el día de la partida de este mundo. Su obra como joven, como esposa, como madre, como religiosa, como Fundadora... ya se había concluido. Otras la seguirían...

Nunca disfrutó de salud robusta Luisa de Marillac pero a pesar de ello trabajó siempre sin descanso...

Rodeada de sus hijas y de sus pobres, cayó en el surco el 15 de marzo de 1660. Padre Vicente estaba también enfermo y muy a pesar suyo no pudo asistir a aquel entierro que más bien fue un día de fiesta como partida a la Eternidad. pero le envió este recado:

—«Usted va delante, pronto la volveré a ver en el cielo».

San Vicente le seguiría unos meses después nada más.

Los restos de Santa Luisa de Marillac reposan en París, en la Casa Madre de la Congregación, en la misma Capilla de las Apariciones de la Virgen de la Medalla Milagrosa a Santa Catalina Labouré, hija de la Caridad.

